

Reconciliación. Imperativo del momento, mensaje bíblico y tarea cristiana

José Ignacio González Faus, SJ

Cristianisme i Justícia

E-mail: gfaus@fespinal.com

Recibido: 16 de julio de 2019

Aceptado: 13 de octubre de 2019

RESUMEN: La reconciliación es una palabra que, por principio, no pertenece al lenguaje religioso porque implica una igualdad. Con Pablo esa palabra se vuelve central en su mensaje porque con la encarnación se produce un cambio en el nivel ontológico del ser humano. A pesar de eso, la palabra se dice en sentido activo solo de Dios, y del hombre siempre en voz pasiva. Expresa una acción de Dios plena y definitiva, que debe ser activada en la historia. Y que implica para el creyente no solo un anuncio a proclamar sino un servicio a realizar: reconstruir la plena igualdad entre Dios y los hombres, la cual es imposible sin la plena igualdad entre todos los seres humanos.

PALABRAS CLAVE: Igualdad; iniciativa de Dios, pasividad; actividad humana.

Reconciliation. Imperative of the moment, biblical message and Christian task

ABSTRACT: Reconciliation is a word that, in principle, does not belong to religious language because it implies equality. With Paul this word becomes central in his message because with the incarnation there is a change in the ontological level of the human being. In spite of this, the word is said in the active sense only of God, and of man always in a passive voice. It expresses a full and definitive action of God, which must be activated in history. And it implies for the believer not only an announcement to proclaim but a service to be carried out: to rebuild full equality between God and men, which is impossible without full equality among all human beings.

KEYWORDS: Equality; God's initiative; passivity; human activity.

1. Introducción

La actual situación mundial de hostilidades y xenofobias, con sus amenazas latentes, está dando cierto relieve a la palabra reconciliación, tanto en el campo sociológico como en el psicológico o religioso. Los textos del Nuevo Testamento constituyen en este campo una fuente muy rica de pensamiento y de actitudes, que hacen que la reconciliación no sea simplemente una 'buena noticia', sino un 'ministerio'.

Las palabras reconciliar y reconciliación no juegan ningún papel en la literatura religiosa griega-pagana. Allí lo que domina es el "hacerse propicios a los dioses" (con ofrendas, holocaustos, etc.). Sí que encontramos esa palabra para la reconciliación entre personas, por ejemplo entre esposos. Y en ese sentido ha pasado también al Nuevo Testamento: así leemos en 1 Cor, 7,11: "la mujer que se ha separado, o que no se case o haga las paces con su marido". Y es que la reconciliación es algo que tiene lugar entre iguales.

2. Una lenta preparación veterotestamentaria

En el Primer Testamento solo aparece la reconciliación en el tex-

to griego de los LXX del segundo libro de los Macabeos (1,5; 7,33; 8,29). Pero hay lenguajes que pueden ir preparándola: así en el Levítico (4-5; 16) se habla de expiación y purificación: ya no es solo "ganarse a los dioses" sino evitar un castigo merecido. Luego, el lenguaje bíblico irá sembrando las ideas de perdón, misericordia de Dios mucho mayor que su ira, y hasta la acogida de la esposa infiel (caso de Oseas 2,16ss). Pero lo verdaderamente religioso es *la expiación*. Como en seguida veremos, Pablo unirá ese significado religioso de expiación con el laico de reconciliar; y esta aproximación tiene un significado importante. En cualquier caso, ese lenguaje veterotestamentario de expiación y perdón parece preparar el lenguaje los Macabeos, donde la reconciliación aparece como fruto de la plegaria.

Así, la historia veterotestamentaria parece ir sembrando la enseñanza de que el hombre es infiel a Dios, aunque Dios está siempre dispuesto a olvidar y volver a comenzar. Pero esa misericordia de Dios no se consigue con holocaustos sino con un corazón contrito y humillado: "si te ofreciera un holocausto Tú no lo querrías... Un corazón contrito y humillado Tú no lo desprecias" (Sal 51). Hay ahí un cambio de toda la relación

religiosa del hombre con Dios. Y la condición de posibilidad de todo ese cambio es una situación de cierta 'igualdad' con Dios: la Alianza.

De todos modos, esa posibilidad de reconciliación con Dios no se prolonga luego suficientemente en la reconciliación de Israel con los demás pueblos. La Alianza es entendida como privilegio *particular* que autoriza incluso a destruir a los demás pueblos. Y he dicho que no se prolonga 'suficientemente' porque el mismo Antiguo Testamento tiene textos ('heréticos' cabría decir, pero que son palabras de Dios) que destrozan esa mentalidad: ahí está el libro de Jonás con su mensaje de que Nínive no será destruida, porque a Dios también le importan todos aquellos miles de ninivitas que no saben distinguir su mano derecha de la izquierda. Aunque no forman parte de la Alianza.

Como balance de esta panorámica rápida, parece que la idea cristiana de reconciliación implica dos cosas: *una cierta relación de igualdad entre los reconciliados y una visión de Dios como perdonador y misericordioso*. Este es más o menos el contexto que recibe Pablo, que va ser quien acuñe ese vocablo como específico y central de la visión cristiana.

3. Pablo, el teólogo de la reconciliación

Pero antes de entrar en la teología paulina es indispensable un mínimo análisis lingüístico que ofrece bastantes pistas.

Pablo es el primer autor en toda la literatura griega que usa la categoría de la reconciliación con sentido teológico para la relación con Dios. Se vale sobre todo de dos palabras: el verbo *katallassein* y el sustantivo *katallagê*. La palabra raíz es el verbo *allassô*: cambiar, modificar una situación, alterar u "otrear" (*allos* en griego significa otro), que se construye con varias partículas¹.

Katallassein es un verbo activo, no reflexivo: propiamente significa cambiar, reconciliar, no: reconciliarse. Y un detalle curioso: según los diccionarios, esas dos palabras no son las más frecuentes

¹ Para facilitar al lector todo este vocabulario puede ser útil tener en cuenta lo siguiente: el verbo griego raíz *allassô* (infinitivo *allasein* y sustantivo derivado *allagê*) significa cambiar, alterar, canjear. De él derivan en castellano palabras como *enálage* (para cambios gramaticales) y *paralaje* (para cambios de perspectiva). Los compuestos que citamos en el texto son: *diallassô* (el más típico para reconciliar, usado así por Eurípides); *katallassô* (poner fin a una situación, cambiar sentimientos); *synallassô* (poner en relación, reconciliar)...

en el griego clásico: por lo que toca al sustantivo, el griego laico suele preferir más *diallagê*, o *synallagê*; mientras que el verbo (*katallassein*) es usado más bien en la vida diplomática. Eso podría evocar otra vez la idea de la Alianza, dado que el *b^{erit}* hebreo es un término tomado de los pactos entre estados.

Y otro detalle lingüístico, el sujeto de ese verbo en voz activa es siempre Dios (2 Cor 5,18)². Cuando el sujeto es el hombre, Pablo usa siempre la voz pasiva (2 Cor 5, 20; Rom 5,10)³. O sea: Dios nunca es ‘reconciliado’, más bien es Él quien reconcilia. Por tanto, y a pesar de lo que acabo de decir, tampoco aquí se trata de un simple ‘hacer las paces’ como si fuera una reconciliación entre dos iguales.

Con estos matices lingüísticos, intentamos ahora acercarnos a los contenidos teológicos.

4. Tesis central

El texto fundamental, punto de partida y resumen de toda la enseñanza paulina, me parece que es

² “Dios nos reconcilió consigo por medio de Jesucristo...”.

³ “Dejaos reconciliar por Dios” (en griego es un imperativo aoristo pasivo). Y: “siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios”.

2 Cor 5, 19: “Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones y poniendo en nosotros el mensaje (*logon*) de reconciliación”. Estas pocas líneas contienen cuatro afirmaciones importantes:

- a) Por la encarnación (entendida dinámicamente al estilo de san Ireneo, como un proceso que solo queda concluido en la resurrección), Dios ha cambiado, por así decir, el estatuto ontológico del ser humano: éste tiene ahora ‘una dignidad incomparable’ (como canta el prefacio de la misa de navidad). O, como decían los Padres de la Iglesia: Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios. Un estatuto ontológico de igualdad con Dios es el que permite el uso teológico del verbo reconciliar: porque entre Dios y el hombre había *una* ‘conciliación’ (una igualdad) previa, derivada de la imagen divina y de la recapitulación en Cristo. Esa conciliación, destruida por el pecado humano, la recompone Dios y eso permite a Pablo hablar de reconciliación. La reconciliación es pues *una palabra cien por cien cristológica* que, además, evita la distinción posterior entre cristología y soteriología.

- b) Esa decisión divina es tan radical que Dios sigue actuando en Jesucristo para no tener en cuenta las veces que el hombre quiebra su dignidad divina. Se trata, por tanto de *una reconciliación definitiva*.
- c) Esa acción de Dios no afecta solo al ser humano sino también al mundo. Esto marca más su *carácter dinámico como meta de la historia*.
- d) Y finalmente, esa acción de Dios da al ser humano, cuando se sabe afectado por ella (es decir: da al cristiano) *una misión y un mensaje* del que es portador y responsable.

O sea: una primera igualación radical, una segunda reconstrucción de esa igualdad, que se extiende también al mundo, y que se convierte en una misión para nosotros.

Pablo continúa desarrollando esa tesis en los versículos siguientes pidiendo a los suyos que se dejen reconciliar con Dios por esa vida de Jesús entregada hasta la muerte y hecho pecado por nosotros (2 Cor 5,20.21) ⁴. También vuelve sobre esa reconciliación en

⁴ 5,21: "al que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él".

otros momentos de sus cartas. Nos toca, pues, ahora, ver ese desarrollo paulino de esas cuatro tesis que configuran su mensaje central.

5. Despliegue de esa tesis central

También aquí podemos hablar de cuatro pasos:

En primer lugar, desde la voz activa que habla de la acción de Dios, la reconciliación significa un cambio de la situación del hombre ante Dios que implica toda una renovación del ser humano y la posibilidad de ser "una nueva creatura": no ser ya enemigos, impuros... (Rom 5,6) ⁵ gracias al amor de Dios derramado en nuestros corazones (Rom 5,5). Eso implicará el reinado de Cristo y el que no vivamos ya para nosotros mismos (2 Cor 5,15). Y no es que Dios, por así decir, 'cambie de parecer' sino que se confirma y culmina todo el anuncio veterotestamentario de su gracia.

La reconciliación supera nuestro ego creatural y pecador y crea una relación con Dios en la que es Cristo quien se relaciona con Dios en nosotros. Ese es el significado fundamental de la encarnación para Pablo: noso-

⁵ "Cristo murió por unos impíos (nosotros) que éramos impotentes".

tros seguiremos siendo pecadores en nuestra ‘carne’, pero somos personas buscadas por Dios y en las que Dios trabaja, porque su amor se hace una realidad en nosotros (Rom 5,5). Seguirá habiendo en nosotros viejo y nuevo (carne y Espíritu), pero estamos capacitados para caminar en el Espíritu (cf. Rom 8,4)⁶.

De ahí lo dramático de la situación humana para Pablo (“desgraciado de mí...”, Rom 7,24), dada la división interior. Pero de ahí también el gozo que brota (Rom 5,11)⁷ de esa situación: porque la acción de Dios en nosotros no es como una palmada que recibes, sino como una petición de Dios de que aceptemos un regalo al que nos exhorta mediante Cristo (2 Cor 5,20).

En segundo lugar, si miramos ahora el lenguaje en voz pasiva, el Dios con el que somos reconciliados es el Dios que nos juzga. Así reconciliación incluye justificación (cf. 2 Cor 5,21). Comparemos si no, Rom 5,10 –*katellagemen*– y Rom 5,9 –*dikaiothentes*–: hemos sido reconciliados y hemos sido justifica-

dos⁸. *La reconciliación se articula con la justificación pero también con la redención y con la paz. Y más tarde, en las deuteropaulinas, se junta también con la creación.* Es pues una palabra muy global.

A pesar de la confluencia entre justificación y reconciliación, el despertar del amor (en nosotros) no deriva de la justificación sino, propiamente, de la reconciliación: la primera despierta la fe (que no aparece ni en Rom 5 ni en 2 Cor 5), la segunda el amor. Dios no tiene en cuenta nuestros pecados (5,19) pero no de manera meramente nominal sino abajándose hasta volverse suplicante al hombre.

Desde aquí cabe corregir un poco, o completar, el individualismo de Lutero en su doctrina de la justificación por la fe: el verdadero artículo «*stantis aut cadentis Ecclesiae*”⁹ no es tanto la justificación por la fe, sino la reconciliación en el amor. El meollo de la reconciliación es el amor de Dios revelado en la cruz del Señor Jesús, puesto en nuestro

⁶ “El ideal de justicia de la Ley se puede realizar en nosotros, porque no caminamos en la carne sino según el Espíritu”.

⁷ “Nos gloriamos en Dios por medio del Señor Jesucristo por quien hemos conseguido la reconciliación”.

⁸ “Ahora justificados por su sangre [= por su vida entregada] seremos salvados de la cólera. Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, una vez reconciliados seremos salvos en su vida”.

⁹ Quiere decir: en el que la Iglesia se juega su ser o no ser.

lugar (2 Cor, 5, 20 y 14ss: el amor de Cristo nos apremia).

En tercer lugar, en algún sentido, Pablo parece afirmar que nuestra reconciliación está ya concluida (notar el aoristo en Rom 5,9-11); mientras que la del mundo no (cf. 2 Cor 5,18)¹⁰. Quizá por eso, Pablo no habla en 2 Cor de la situación de enemistad que precede a la reconciliación. Pero sí lo hace en la carta a los romanos (5,10, ya citado). Y allí, esa situación no se reduce a enemistad entre el hombre y Dios (cf. Rom 1,18-32) aunque esta sea su dimensión principal (cf. Rom 8,7ss –carne contra el Espíritu– y 2 Cor 5,15: “vivir para sí”). Pero además de eso, parece haber también *una expectativa de toda la creación que por obra del hombre se encuentra sometida a la frustración* (Rom 8,19ss).

En cuarto lugar, la reconciliación del mundo (2 Cor 5,19.20) significa que lo de reconciliar no es solo perdonar o no tener en cuenta el pecado personal. Como Dios sabe sacar bienes de los males que hace el hombre, “el repudio de los judíos se convierte en reconciliación del mundo” (Cf. Rom 11,15)¹¹ y

“los de fuera (los gentiles) son coherederos y miembros de un mismo cuerpo” (Ef 3,6). Aunque queda aún la vuelta (*apobolê*) de los judíos para esa plenitud de la reconciliación, podemos decir que *la reconciliación del mundo es como una especie de “apokatástasis” final, cuyo fundamento ya está puesto en marcha.*

Aquí cabría una alusión de interés al tema ecológico del que no voy a hablar: la reconciliación del mundo puede recoger entonces la tarea dada con la creación: “cuidar del jardín” (Gen 2) o “hacer habitable la tierra” (Gen 1).

Finalmente, hay un detalle veterotestamentario que puede anticipar germinalmente esa reconciliación del mundo: en 2 Mac 5,20 se habla de que el lugar santo fue hecho para el hombre y no el hombre para el lugar santo, por eso, ese lugar santo participó del castigo del hombre, y ahora es reconstruido con su esplendor, en la reconciliación del Señor supremo. Pues bien: ese lugar santo reconstruido que era entonces el Templo, es ahora el mundo.

En último lugar, de todo lo anterior brotará el que Pablo hable de su ministerio como un servicio a la reconciliación (*diakonía tês katallagês*), y que resuma su mensaje en un ‘reconciliaos’: para indicar que

¹⁰ “Nos reconcilió..., y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación”

¹¹ “Si su pérdida es reconciliación del mundo, ¿qué será su retorno sino un retornar de muerte a vida?”.

la reconciliación ocurrida con la vida-muerte-resurrección de Cristo no está concluida aunque sea definitiva.

La palabra y toda la actuación de Pablo son, por eso, mensaje de reconciliación y ministerio de reconciliación (2 Cor 5, 18,19): *llevar a toda la humanidad esa actuación de Dios por la que vuelve a recoger al hombre en su compañía* (2 Cor 5,20: “como si Dios os exhortara por medio de mí”). Los que reciben ese obrar de Dios han llegado a la meta que se habían propuesto para con Dios (Rom 5 9: ser salvados de la cólera).

La predicación del Apóstol es pues la activación de esa reconciliación operada en Cristo. Esto nos vuelve activos también a nosotros, los que hemos sido pasivamente reconciliados (Rom 5,10) confiándonos un ministerio de reconciliación. Y este ministerio tiene sus efectos, de los que podemos poner algunos ejemplos:

Un efecto de ese ministerio de reconciliación puede ser el texto de Mt 5,24 donde no se usa el verbo *katallagê* sino *diallagê*, que nuestros evangelios suelen traducir como reconciliarse y que significa ‘cambiar’ (de vestido, de mentalidad o de sentimientos) y de ahí: reconciliar (en ese último sentido aparece por ejemplo en Eurípides). En

cualquier caso: “si cuando vas a dar culto a Dios recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda en el altar y ve a reconciliarte con tu hermano”.

Otro efecto de esa reconciliación ‘originaria’ es la reconciliación entre paganos y judíos. Así aparece en Col 1,20.22: “os ha reconciliado (a los paganos) en el cuerpo de la carne de Cristo por medio de su vida entregada hasta la muerte”¹². Lo mismo encontramos en Ef 2,16: “reconciliar a ambos en un solo cuerpo con Dios por medio de la cruz”.

Pero hay algunas diferencias interesantes: en Ef 2,16 la reconciliación con Dios equivale a la de judíos y paganos, mientras que en Col 1,20 la reconciliación de los hombres es igual a la de los seres supraterrrestres (“todas las cosas”) con Dios. Aquí se usa el verbo *apokatallassô* que tiene el mismo significado de *katallassô* con la única diferencia de que ahora su sujeto no es solo Dios sino que puede ser la Plenitud (el *Plerôma*) o Cristo. Presupone lejanía y enemistad. Y es explicado como do-

¹² Creo más correcto este giro para traducir la palabra muerte: porque su valor no está en la mera negatividad que sugiere esa palabra, sino en lo positivo de una vida que se entrega por amor, sin rehuir ni la misma muerte.

nación de paz y como nueva creación (Col 1,22; Ef 2,15).

6. **Conclusión:** **repercusiones de esa teología**

Si todo este análisis es correcto, la reconciliación se presenta como un concepto muy central y recapitulador en la teología paulina, y que puede servir como punto de partida para una exposición de todo su pensamiento. La reconciliación implica un caminar en novedad de vida porque hemos sido injertados en Cristo (cf. Rom 6,4.5; también Col 2,12: sepultados con él en el bautismo y juntamente resucitados).

Esta centralidad, este cambio de vida, y su prolongación en el 'ministerio de reconciliación' nos obligan a nosotros a sacar algunas conclusiones para hoy. Solo a modo de sugerencia, y sin pretender ser exhaustivo, citaré algunas.

1. No se trata de reconciliarnos simplemente porque es ético y "porque es mejor vivir en paz que en guerra". Se trata, para el cristiano, de *reconstruir la verdad humana de lo que el hombre es desde Dios y lo que Dios quiere que sea el hombre.*
2. De ahí se deriva una *imposibilidad de reconciliación con Dios si no hay reconciliación con los*

hombres: Mt 5,24, ya comentado, no se refiere solo a un caso particular entre dos personas, sino a una hostilidad establecida: el mejor significado del verbo *diállassô* sería el de un cambio de sentimientos. Esto debería modificar bastante la praxis de los cristianos: "el culto que yo quiero es el empeño en la reconciliación", diríamos parodiando a Oseas (6,6). Y añadiendo con Jesús: a ver si aprendemos lo que eso significa.

3. Por eso, estando ya en marcha la reconciliación de Dios con todo el mundo, no vale para un cristiano la actitud para con los de fuera que vimos en el apartado 2, hablando de Israel. *El ministerio de la reconciliación implica que el cristiano no puede sentirse superior ni más cercano a Dios que los demás hombres.* Al revés: debe recordar que Jesús dijo que no había venido a llamar justos sino pecadores y que muchos de Oriente y Occidente se sentarían a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob. Desde aquí se puede percibir lo conflictivo y subversivo de esas palabras evangélicas.
4. *La palabra reconciliación, por implicar toda una cristología, podría hoy sustituir a la de redención.* Porque ésta, deriva-

da de la liberación de esclavos y, vinculada después con la ambigua y discutible teoría de la satisfacción, resulta menos inteligible hoy. Y también porque es una palabra que da contenido pleno a la liberación.

5. De esas tesis paulinas brota también, necesariamente, *una teología de la igualdad y una importancia cristiana decisiva de esa palabra*. Cabe afirmar, pues, que el capitalismo como sistema de hostilidad, fundado en la desigualdad y en la competencia para vencer al otro y eliminarlo, es un sistema antireconciliador. El otro es necesariamente rival a quien vencer y aplastar. La pretensión esa de ‘vicios privados virtudes públicas’ pretende decirnos que hostilidades privadas son paz pública. Los hechos la desmienten. La competitividad, en dosis reducidas puede ser un elemento sazonador, como la sal que da sabor. Pero reducir o fundar todas las relaciones económicas en la competitividad es como alimentarse de sal: la hipertensión que eso produciría nos abocaría a la muerte.
6. *Los derechos humanos reciben desde esta visión de la reconciliación una jerarquía nueva*: los derechos sociales (como campo

donde más se refleja la igualdad o la reconciliación entre los humanos) pasan por delante de los derechos individuales o grupales que son los que hoy más se reivindican.

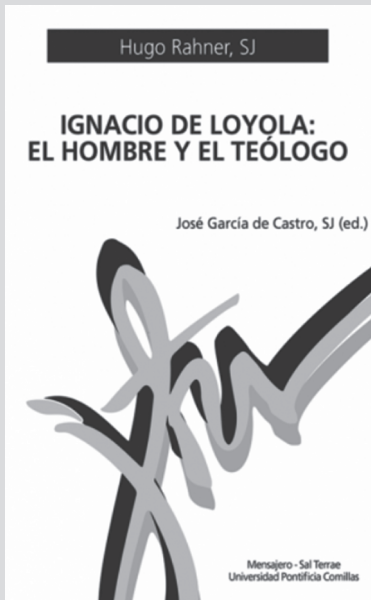
7. En una sociedad fundada sobre la hostilidad ya en su misma base (económica), la reconciliación implica lo que la carta a los efesios llama “buena noticia de la paz” (evangelio de la paz: Ef 6,15). Pero, como anunciaba Jesús, *esa reconciliación y esa paz implican un primer momento de división y hostilidad*. Tanto que aquel cuyo don es la paz, proclamará que no viene a traer paz sino guerra, a separar las familias etc. (Mt 10,34-36). Paradójicamente, la reconciliación es el fundamento de la conflictividad cristiana, en un mundo que se niega a ella.
8. El mensaje paulino también tiene algo que decir en el tema de opresores-oprimidos, terroristas-víctimas, etc., tan desgraciadamente actual. Dado el carácter no meramente psicológico sino ‘ontológico’ (cristológico) que tiene la reconciliación, ese tremendo problema no puede resolverse con una simple vuelta de tortilla que sustituya una exclusión criminal, por una exclusión de castigo. Hay que *buscar la manera de*

integrar ambos frentes, reconstruyendo plenamente la fraternidad.

9. Un mundo tan irreconciliado como el nuestro: desigual, xenófobo, y lleno de apartheids racistas, políticos o económicos, es necesariamente *un mundo hostil a Dios y expuesto a la cólera de Dios, aunque incapaz de reconocer esa situación suya*. En este mundo nuestro se ha cumplido el mensaje de los once primeros capítulos del Génesis: que, rota la relación del ser humano con Dios, se van rompiendo poco a poco todas las demás relaciones humanas. Nuestra esperanza, sin embargo, radica en que en este mundo hay muchos más de aquellos ‘diez justos de Sodoma’ que hubieran evitado su destrucción.
10. Lo que Habermas llama “razón comunicativa” y su propuesta de un diálogo ideal “entre iguales y sin coacción” son, como él mismo reconoce, aplicaciones del mensaje cristiano de la reconciliación: porque la reconciliación *con Dios* lleva intrínseca la reconciliación *entre todos nosotros*.
11. Desde esta óptica, la guerra, que antaño fue casi una profesión o un modo de resolver conflictos, se vuelve totalmente injusta y se convierte en un fratricidio. Y es obligación del cristiano buscar la manera de sustituirla (trabajando por una autoridad universal con poder de arbitraje y exclusividad de la violencia o como sea...). ■

Ignacio de Loyola: El hombre y el teólogo

Hugo Rahner, SJ
José García de Castro, SJ (ed.)



Esta edición en español ofrece los nueve artículos del prestigioso teólogo alemán Hugo Rahner, más directamente vinculados a la persona y a la espiritualidad de san Ignacio de Loyola.

La hondura teológica, la erudición histórica y el pensamiento sistemático hacen de la obra de Hugo Rahner una aportación muy actual que todavía espera ser analizada y estudiada en profundidad.

Teología, exégesis, espiritualidad e historia se unen de manera formidable para acercarse con rigor a la figura siempre por descubrir de Ignacio de Loyola.

Ignacio de Loyola: El hombre y el teólogo

Hugo Rahner, SJ
José García de Castro, SJ (ed.)
ISBN: 978-84-8468-782-5
Universidad Pontificia Comillas,
Mensajero - Sal Terrae, 2019.



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu
<https://tienda.comillas.edu>
Tel.: 917 343 950